

Entrevista al Cardenal Prefecto de la Congregación para el Clero

alfayomega.es (Entrevista de José Antonio Méndez)

El cardenal Mauro Piacenza, Prefecto de la Congregación para el Clero, lleva más de 20 años trabajando en la Santa Sede, en todo lo relacionado con la preparación y formación de seminaristas y sacerdotes

Por sus manos pasan los problemas de falta de vocaciones, de escándalos, de errores teológicos, o de dispensas ministeriales que se dan en todo el mundo, pero también los incontables frutos de santidad que surgen en la Iglesia y en la sociedad gracias a la labor de los sacerdotes.

La semana pasada, estuvo en España para hablar a los Rectores de seminarios, y atendió a [Alfa y Omega](#). Recordó, entre otras cosas, que «*para ser fieles al proyecto del Señor, a veces es necesario reformar las estructuras de la Iglesia*»

El Papa se ha referido, en varias ocasiones, a la necesidad de contar con sacerdotes cercanos, «con olor a oveja». ¿Cómo puede un sacerdote conseguir esta cercanía en el día a día con sus fieles?

La cercanía del sacerdote con su pueblo depende, antes que nada, de la cercanía que tenga el propio sacerdote con el Corazón de Jesús. Nosotros no formamos parte de una compañía estructurada y organizada sólo externamente, sino que vivimos en un misterio, que es la Iglesia. Y el misterio de la Iglesia es el misterio de Jesús prolongado en el tiempo. Por eso, el sacerdote más cercano al Corazón de Jesús será el más cercano a la gente.

Cuando un cura, como san Juan en la Última Cena, apoya la cabeza sobre el pecho de Jesús y escucha el palpito del Señor, que es todo para la salvación de las almas, como por una transfusión se convierte en un buen pastor, vicario de Jesús, que es el único Buen Pastor. Cuanto más cerca quiera estar de sus fieles, más cerca tiene que estar del Señor. Al mismo tiempo, tiene que estar entre las personas, amparando a la gente y amparado por la gente. Los sacerdotes no sólo tenemos que dar, sino que necesitamos recibir, más aún, tenemos que estar abiertos a recibir del pueblo de Dios.

¿Y qué necesita recibir un sacerdote para llevar a cabo su labor?

En el contacto con las personas necesitamos recibir sus sufrimientos, sus alegrías, sus satisfacciones, sus consuelos... Así sintonizamos pastoralmente con ellos y podemos serles cercanos, pues nuestra labor será más realista y nuestra predicación responderá de verdad a sus necesidades. Y lo haremos con el lenguaje de Jesús, que responde personalmente a cada problema personal. Es como un hilo que va del Corazón de Jesús al corazón de la gente, a través del corazón del sacerdote. Cuanto más escucha el sacerdote a Dios y a las personas, mejor podrá llevar a cabo su misión.

La formación humana e intelectual de los sacerdotes fue abordada ampliamente por el Vaticano II y por Juan Pablo II en la exhortación ‘Pastores dabo vobis’. En este tiempo, ¿qué errores se han cometido en la formación de seminaristas?

Creo que en la Iglesia se ha dado, en general, una cierta contaminación de la secularización social, que también ha llegado a nuestros ámbitos formativos, tanto en el plano intelectual de nuestras Universidades, como en el plano de la dirección espiritual de nuestros Seminarios. Se ha dado un excesivo acoplamiento al mundo, a la mundanidad.

El discurso providencial que está realizando el Santo Padre Francisco es muy cercano para todos porque es muy fiel al Corazón de Jesús; y es tan comprensible no porque refleje el espíritu de un mundo secularizado, sino

porque comprende y responde a las necesidades de ese mundo secularizado.

Por un intento bienintencionado (no es que los educadores hayan querido equivocarse) de acercar al sacerdote lo más posible al mundo, a la gente, hemos cometido el error de sumergir a los seminaristas, a los sacerdotes y a los fieles en unas categorías mentales que son el legado de una sociedad secularizada, no el reflejo de la fe cristiana. No hemos diferenciado bien el espíritu de Dios del espíritu del mundo, y así, hemos acabado por mundanizar nuestros ambientes en lugar de evangelizarlos.

O sea, que se ha confundido el ser levadura en la masa, con convertir la levadura en masa sin fermentar...

Esta situación se ha producido por un desconocimiento de la sacramentalidad de la Iglesia y del sacerdocio. Al no distinguir entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo, hemos intentado adaptar el modo de vivir, de hablar y de vestir del sacerdote, no al modo en que Dios quiere dirigirse al mundo, sino al modo en que simplemente vive el mundo. Y esto el mundo no lo agradece, porque la gente quiere de la Iglesia, aun cuando la desprecie, su profeticidad. Cuando un sacerdote o cualquier católico no es profético, cuando la Iglesia no es profética, su voz no es la de Dios y no tiene nada que hacer.

Los escándalos sexuales han demostrado la necesidad de controlar, desde el Seminario, el acceso al ministerio sacerdotal, como pidió Benedicto XVI. ¿De qué forma debe hacerse ese control? Y... ¿se hace?

Sí, se intenta hacer todo lo posible. La primero es, en el camino del discernimiento y a través de la dirección espiritual, *desintoxicar* a los jóvenes de la cultura pansexualista que se intenta imponer en la sociedad, y del relativismo moral por el cual todos son derechos y alegatos que nos dejan sometidos a la naturaleza: *Si quieres hacer esto, hazlo; si quieres hacer esto otro, hazlo; por qué vas a controlarte; por qué vas a tener que decir No...*

Esto surge porque el ser humano, sea o no sacerdote, está lleno de pasiones, y estas pasiones humanas, por sí mismas, son positivas, pero se convierten en negativas si no son educadas ni reconducidas. Las pasiones humanas son buenas, pero deben ser controladas y gobernadas por la razón, y por una razón iluminada por la fe.

Así, cada cosa se pone en su sitio. La pulsión sexual de un joven llamado al matrimonio es positiva, pero si se encamina a madurar hacia un amor completo, respetuoso y total a la mujer que será su compañera y la madre de sus hijos. También la pulsión sexual en un joven llamado al sacerdocio es positiva, sólo que tiene que ser encauzada para otro fin: su virilidad debe ser puesta al servicio de la evangelización.

La virilidad, como la feminidad, es una fuerza que enriquece a la Iglesia cuando se ponen al servicio de la familia o de la comunidad en la que uno ejerce su paternidad espiritual. Y tiene que pasar por una vida de oración, de intimidad con la Palabra de Dios, de sacramentos, y por el enamoramiento a una comunidad a la que debo tratar como a mi esposa, con todo mi amor y energía. Un sacerdote a medias, no puede vivir.

Es decir, que, a riesgo de seguir teniendo pocos sacerdotes, no todos los que quieren serlo pueden serlo...

¡Claro! Hay que tener presente si la persona que llama a la puerta del Seminario siente el entusiasmo emotivo de un momento, o si quiere hacer de su vida un camino. Es labor del director espiritual y de los superiores del seminario, con la colaboración del sujeto (que debe ser sincero y claro), comprobar que esa persona tiene un equilibrio y una madurez afectiva.

Quien entra en el Seminario puede arrastrar situaciones de gran desorientación, y un sacerdote debe estar muy bien orientado, con una madurez afectiva y psicológica según su propio sexo. El discernimiento afectivo y psicológico es una garantía, pero debe ser completado con oración y medios sobrenaturales, teniendo siempre en cuenta a la persona. No se trata de crear piezas de un mecanismo, sino de ayudar al Señor a plasmarse en cada muchacho.

Ahora, la Iglesia se encuentra en un proceso de reforma. ¿Cómo cree que debe ser la nueva estructura del Gobierno pastoral de la Iglesia?

Hay que recordar que cualquier reforma está siempre vinculada a un momento histórico, y la Iglesia necesita siempre armonizar la fidelidad al depósito de la fe y al proyecto de Dios, con la situación actual. Por eso, para ser fieles al proyecto de Dios, a veces es necesario reformar la estructura de la Iglesia, pero con la inteligencia de un reformador eclesial, no de un reformador cualquiera, que sabe distinguir entre las cuestiones inmutables que surgen del mandato de nuestro Señor Jesucristo, y las estructuras temporales y caducas.

Por ejemplo, al hablar de la Curia romana, existe un mandato de Jesús al instituir el primado de Pedro: le dio las llaves del cielo y le pidió que confirmara a sus hermanos, que cuidara de la Iglesia. Por tanto, tiene que haber una herramienta que ayude a Pedro en esa labor, que es el Colegio episcopal: todos los obispos, que son los sucesores de los apóstoles.

Esto, claro, hay que hacerlo operativo para no caer en un espiritualismo desencarnado, y de aquí nace la Curia: la Secretaría de Estado, las Congregaciones, Consejos Pontificios... Y esto sí debe poder ser reformado para responder mejor a las exigencias del tiempo, y ayudar mejor al sucesor de Pedro a llevar el timón de la Iglesia, no oponiéndole resistencia, sino en su misma dirección.

Pero la mayoría de las reformas están, sobre todo, vinculadas a los hombres: si le das el timón de una estructura de evangelización a un santo Toribio de Mogroviejo, todo irá adelante; si se lo das a un burócrata, irá peor. Muchas estructuras funcionan al ritmo del entusiasmo, de la cuadratura mental y del equilibrio de una persona.

Hoy, para vivir una vida más apostólica, hemos de conseguir que las estructuras temporales propicien una mayor colegialidad y corresponsabilidad jerárquicas, pues la responsabilidad última es la del Papa y nosotros estamos para ayudarle. Quien vive la colegialidad, en la Curia o en la parroquia, sabe que de ella nace la unidad, pero que es jerárquica. En la parroquia debe haber una gestión colegial, pero el párroco está al frente; si no, caemos en un democraticismo que no responde al diseño de Cristo para la Iglesia.

El Papa ha pedido a los cardenales que renuncien a la ‘psicología de príncipes’. Si la Iglesia, también en sus estructuras pastorales, necesita más santos que burócratas, ¿cómo compatibiliza un cardenal de la Curia la pastoralidad con la labor administrativa? Dicho de otro modo: ¿cuál es su relación con el Señor? ¿Cómo vive su sacerdocio como cardenal al servicio de Pedro?

¡Ésa es la pregunta más bonita que me ha hecho! Para mí, lo primero es ser siempre pastor de la Iglesia en cualquier cosa que se haga, aunque seas el ecónomo diocesano ¿con todo mi respeto para los ecónomos?. Es la actitud interior de ser totalmente de Cristo, de entender que estamos en una barca en la que cada uno, con su remo, concurre al destino de todos.

Nunca me he sentido un burócrata, aunque trabajo en la Curia desde 1990, porque en mi corazón siento palpitar al Señor. En mi trabajo, intento tratar a cada uno, a cada sacerdote o laico, de forma personal, como lo hace el Señor. Cuando recibo a los obispos en visita *ad limina*, paso siempre antes a la capilla y le digo a Jesús, y sobre todo a la Madre (porque ella es mi mejor amiga y porque creo que una madre es la persona que más se esmera en sus hijos): *Hazme sentir el problema de este obispo; que yo lo sienta y lo vea como lo siente y lo ve este hijo tuyo; inspírame las palabras que Jesús quiere decirle en este momento.*

Tengo muchos defectos ¿no estoy haciendo aquí mi proceso de canonización?, pero considero la Curia mi grey, e intento amar cada vez más a cada uno y a cada tarea. Al amar, todo se transforma, y la burocracia se convierte en un medio necesario para llevar adelante las cosas de Dios, que sirve, si está bien utilizada, para no caer en el error ante ciertas personas y situaciones. Para mí, como sacerdote, amar es el secreto.